



El laberinto de la torre

Alicia G. García

Ilustraciones de César Barceló



algar



1

... Inés apretó con fuerza la mano para que la luz de la linterna no temblase. Decidida, levantó la cabeza y comenzó a caminar. A su lado, el rostro asustado de su hermana pequeña la observaba sin moverse. La abertura por la que pretendían acceder a la torre abandonada se situaba en la parte trasera de las ruinas. Años atrás, aquel lugar había sido un hermoso jardín. Ahora parecía un muestrario de zarzas y ortigas difíciles de esquivar.

La edificación, rodeada por una valla cubierta de una tupida enredadera, los aislaba de la mirada de los vecinos. Con cuidado para no machar la ropa, la muchacha avanzó por el reducido hueco. Una vez que su cuerpo lo hubo traspasado, Inés indicó con el brazo a su hermana Celia y a su primo Jorge que la siguiesen.

—Lucas, date prisa, que se hace tarde.

—Sí, mamá —respondió el muchacho, sin apartar la mirada del papel.

Al traspasar el muro, el olor a humedad dibujó una mueca de asco en la cara de Inés. Durante un instante, la niña dudó. Quizás no había sido una buena idea aventurarse en aquel lugar. Pero el recuerdo de la sonrisa burlona de Beatriz, presumiendo de su hazaña, le devolvió la confianza. No podía consentir que su enemiga quedase delante de toda la clase como una valiente y ella no. Envuelta en las sombras que cubrían la habitación, Inés dirigió el destello de la lámpara hacia la entrada. La luz ayudaría a que Celia y Jorge avanzaran.

—Lucas, termina de desayunar ya.

—Un segundo —suplicó el niño en un intento desesperado por poder avanzar un par de páginas más en la lectura.

—Ni un segundo ni medio —respondió su madre al tiempo que le arrebatava el libro de los dedos—. Si pierdes el autobús, tendré que llevarte en coche al colegio y llegaré tarde a trabajar.

—Mamá, es que está muy emocionante. Acaban de entrar en la casa y...

—Me da igual. En cinco minutos te quiero en la puerta con la mochila en la mano.

Ni el tono de voz ni la mirada de su madre animaron a Lucas a continuar su explicación. Estaba

enfadada, muy enfadada; mejor obedecer y evitar un castigo que flotaba por el aire buscando dueño.

Con rapidez, Lucas se lavó los dientes, se vistió y se puso las deportivas y la cazadora. Al pasar por delante de la habitación de sus padres, observó su imagen en el espejo. En cuanto su madre lo viese, repetiría las frases de cada mañana. La primera, «Tienes que ir al peluquero». Sus rizos, negros, se acercaban a la altura de las cejas, y eso siempre equivalía a que la tijera sobrevolaría su cabellera. La segunda, «¿No tienes más ropa en el armario?», ante la cual lo mejor era subir los hombros y no responder. Le gustaban sus vaqueros y sus camisetas. Se sentía cómodo con aquella ropa. No necesitaba mejorar su estilo, como a veces le sugería su madre.

—Muy bien, cariño.

Darse prisa sirvió para aplacar al alien que algunas veces se metía en el cuerpo de su madre y se apoderaba de ella. Se reía él de Hulk: su madre cabreada lo tumbaba de un soplido; vamos, de una mirada. Y además sin gritar, sin alterarse. Lucas no sabía cómo lo hacía, pero, cuanto más bajito hablaba, más miedo le daba.

Con un beso en la mejilla comenzó la rutina de separación de cada día. «Directo al autobús, no hables con nadie, cuidado al cruzar, mira bien para los dos lados y espera a que los coches frenen». Vamos, como si se fuese de mochilero a recorrer

Europa y no fueran a volver a verse en seis meses cuando en realidad solo tenía que caminar dos manzanas. Eso sin contar con la legión de madres protectoras a las que su progenitora suplicaba que lo vigilasen. Ya quisieran muchos famosos tener unas guardaespaldas como las suyas.

Aquellas mujeres parecían proyectar rayos láser con la mirada para formar una cúpula de fuerza a su alrededor. Había días en que podía sentir el calor de sus ojos en la espalda. Provistas de una misión, se asemejaban a leonas a punto de saltar sobre su presa. Vamos, que pobre de cualquiera que se atreviese a acercársele. Antes de que pudiese preguntarle la hora, recibiría una ración de amenazas. Y que tuviese suerte y no fuese un día de lluvia, porque algún paraguazo se llevaba seguro. Alguna vez estuvo tentado de tropezar a propósito y dejarse caer, porque estaba seguro de que no llegaría a rozar el suelo. En su imaginación veía una escena de película en la que alguna de ellas se lanzaría en plancha para amortiguar su caída.

Tras unos minutos de caminata, Lucas se despidió de sus guardianas con un gesto de cabeza. Había llegado al autobús. Con rapidez, se quitó la mochila y se dejó caer sobre el asiento.

El mundo del transporte escolar poseía un código interno no escrito que todos los usuarios conocían y respetaban. Los asientos se asignaban

por edad. Los repetidores y los de sexto curso, en la parte trasera. El resto se repartían los que sobraban. Era muy importante conseguir un buen sitio el primer día de clase, porque esa sería tu plaza para todo el año. Y porque marcaba tu lugar en la vida social del colegio. La pereza y las pocas ganas de verse empujado por sus compañeros lo llevaron a perder el privilegio de sentarse en las últimas filas. Tampoco le importaba mezclarse con los de un curso inferior.

Esa mañana, su mejor amigo y colega de trayecto no iría al colegio. Tenía las anginas «como dos pelotas de tenis». Esa expresión se la había escuchado a su madre. Le costaba imaginar la cara de Adrián con dos bolas amarillas metidas en la boca, intentando hablar. Pero, si su madre lo decía, sería cierto.

Aunque le gustaba viajar con Adrián, esa mañana se alegraba de su ausencia. Así tendría casi media hora para continuar con la lectura de *El laberinto de la torre*.

Ajeno al barullo que lo rodeaba, Lucas abrió su mochila y sacó el libro. El dibujo de la portada mostraba una colina y, sobre ella, las ruinas de un pequeño castillo. En la parte más alta de la construcción destacaba una torreta. La silueta de la edificación hacía pensar en una mansión llena de lujos. Sin embargo, al fijar la vista, se podía descubrir cómo el dibujante había marcado los signos

del deterioro en la fachada. Además, las ventanas y las puertas estaban tapiadas. Eso mismo lo había visto hacer Lucas en el pueblo de sus abuelos. Según decía su abuelo, para librarse de ocupantes no deseados.

Lucas podía pasarse horas sumergido en las páginas de un libro. A veces se sorprendía mirando el reloj. Parecía imposible que el tiempo corriese tanto cuando leía, y pasase tan despacio en clase de Matemáticas.

Cierto que también disfrutaba con los videojuegos o saliendo a la calle en bicicleta. Tampoco rechazaba un partido con sus amigos. Las películas de acción también le entretenían. Pero, cuando un libro lograba atraparlo, algo sucedía. El resto del mundo desaparecía. Las actividades que lo rodeaban se convertían en secundarias. Todo su interés se centraba en devorar una página más.

Había tardado tres años, cuatro meses y dos días en conseguir el tesoro que tenía entre las manos. Tres años, cuatro meses y dos días observando su portada, deseando descubrir los secretos que se ocultaban en su interior. Tres años, cuatro meses y dos días parándose delante de la estantería que hacía esquina en el salón de su casa y suplicando a su madre que le dejase leer el único libro de la tercera balda.

Sabía la fecha exacta porque él había ayudado a su padre a colocarlo en el lugar en el que estaba.



Al hacerlo, Lucas recibió la mejor promesa del mundo: «A mi regreso, lo leeremos juntos».

En cada intento por conseguir el libro, se repetía la misma escena: Lucas le explicaba a su madre las maravillas que se escondían en aquel ejemplar. Le hablaba de la posibilidad de elegir un final u otro según las opciones que la trama ofrecía. Le contaba lo mucho que deseaba poder leerlo. A veces, le soltaba alguna frase escuchada en el colegio sobre el valor de la lectura. Siempre, por supuesto, con su voz más dulce y su mirada más tierna. Cada vez que atacaba con su capricho, su madre parecía prestar atención a alguna otra tarea, algo que a Lucas le resultaba imposible, pues, si él leía, leía; si veía la tele, veía la tele, y, si escuchaba, pues escuchaba.

Por suerte, a las mamás se les concede un poder especial con el que pueden hablar por teléfono mientras programan el horno y a la vez escuchan a sus hijos. La teoría es cosa de su colega Adrián. Lucas no acababa de creérsela, pero los resultados parecían darle la razón a su amigo. Su madre escuchaba sus peticiones: el mismo día que cumplió los doce años, *El laberinto de la torre* fue suyo. Solo había tardado en prestarle atención tres años, cuatro meses y dos días.

El sonido del motor del autobús aplacó el griterío. Iniciada la marcha, Lucas apoyó el libro contra el reposabrazos de su asiento y retomó la lectura.